

Así alegre caminante
 A la vega se desvia
 Seducido por las flores
 Que á lo léjos se le brindan,
 Sin cuidar si entre las yerbas
 Se ocultan nidos de víboras.
 Allí descuella Morelos,
 A Bravo y Galeana admiran,
 Y Matamoros ostenta
 Brillando su espada invicta.
 Manda Llano que Iturbide
 Reconozca con pericia,
 Acompañado de Aguirre,
 Que entre los valientes iba,
 Y del Potosí los Fieles
 Lleno de honra conducia.
 Era Iturbide ambicioso,
 La ocasion era propicia.
 En los montes del Ocaso
 El sol su disco escondia:
 No reconoce Iturbide,
 Llega, acomete, derriba;
 A su empuje se dispersan
 De los patriotas las filas,
 Como vuelan los peñascos
 Cuando revienta una mina.
 Al campo envuelve la sombra
 En la batalla reñida:

La confusion, el tumulto,
 La sangre, la gritería,
 El matarse unos con otros
 Los de una bandera misma,
 Y de Iturbide el denuedo
 Sin ejemplo, y la pericia,
 Hacen que al fin la victoria
 Ricos laureles le rinda.
 Llano, del triunfo orgulloso,
 Sigue á Morelos la pista;
 Morelos quiere esperarlo,
 Y los dos jefes se avistan
 En los campos de una hacienda
 Llamada Santa Lucía,
 Y cuyas fértiles tierras
 Hasta Puruaran terminan.

ROMANCE DE LA BATALLA DE PURUARAN.

Tras de cercados de piedras
Que al tocarlas se estremecen,
Los derrotados patriotas
Contra Llano se hacen fuertes.
Llano dispone que Orrantia,
Con su tropa floreciente
Y con cañones tremendos,
Ataque á los insurgentes
Éstos le rompen el fuego,
La batalla se enfurece,
Mas los cercados de piedra
Con el cañon se conmueven
Y se tornan en metralla
Al abatirse y romperse.
El tumulto de dispersos
Quiere abalanzarse á un puente

Estrecho que rompió el río
 Con empuje de torrente.
 Allí consúmanse horrores
 Que espantan y que estremecen.
 Bravo y Galeana se salvan,
 Solo á Matamoros vése
 Reluchando con las olas
 Y alentando á sus valientes;
 Pero un soldado, Rodríguez,
 Desde un vado le acomete,
 Y de allí preso le llevan,
 Como en triunfo, esbirros crueles,
 Y á Valladolid camina,
 Donde le espera la muerte.
 Morelos, en salvo, escribe
 A un amigo que bien quiere:
 "Nos queda algo de Morelos;
 "Dios entero nos protege."

 ROMANCE DE MATAMOROS.

Digna y serena la frente
 Que ciñe el rubio cabello;
 Es el color de sus ojos
 Como esperanza en el cielo;
 Como esperanza en el cielo;
 Con el paso mesurado,
 Y tan firme cual modesto;
 En la diestra un Crucifijo
 Que estrecha contra su pecho,
 Entre insolentes soldados
 Que cuasi insultan al preso;
 En medio de inmensa turba
 Que embarga mortal silencio,
 Va marchando Matamoros
 En Valladolid el bello,
 Hasta tocar de su plaza
 En el despejado centro,

Donde le espera el suplicio
 Como á furibundo reo.
 Ni un suspiro, ni una queja
 Interrumpieron el rezo
 Con que el noble sacerdote
 Aclamaba al Sér Eterno;
 Pero en torno de su frente
 Volaban nobles recuerdos
 De bravura y patriotismo,
 De gloria y de heróico esfuerzo.
 Ese pecador contrito,
 Es el mismo que en un tiempo
 El confin de Guatemala
 Sembró de inmortales hechos;
 Esa diestra en que hace peana
 De la Cruz del Sér Excelso,
 Es la que en Cuautla, empuñando
 Resuelta el terrible acero,
 El orgullo de Calleja
 Hizo que besase el suelo.
 Esa frente, que las sombras
 De eternidad van cubriendo,
 Es del ínclito caudillo
 Que del Palmar entre el fuego
 Descollando se mostraba
 Aterrando á los iberos,
 Como señor absoluto
 De la tormenta y el trueno.

No importa que el artificio
 De algun impostor rastrero
 Le finja retractaciones
 Y llame á sus glorias yerros:
 La Historia, justa y severa,
 Le tiene asignado un puesto.
 El del gran Morelos brazo,
 El del patriotismo aliento,
 El de la virtud dechado,
 Flor de oro de los guerreros,
 Va caminando al suplicio
 Recogido y circunspecto;
 Solamente sus verdugos,
 Que son verdugos del pueblo,
 Se acercaron: Matamoros
 Toma en su mano un pañuelo
 Con que se venda los ojos
 Con pulso firme y sereno.
 Le forma cerco la tropa,
 Levanta la frente el reo,
 Se oye preparar las armas,
 Y una voz exclama: "¡Fuego!!"
 La Historia, en la hirviente sangre
 Empapó llorosa el dedo,
 Y en los fastos de Calleja
 Escribio: "*Tres de Febrero.*"

ROMANCE DE GALEANA.

Por el Sur anda Galeana
Resucitando á los pueblos,
Con el brillo de su espada
Desterrando el desaliento.
Unos le llaman el amo,
Otros le dicen el bueno,
Y *Tata Gildo* le dicen
Los grandes y los pequeños,
Que quieren hacerlo suyo
Y se declaran sus deudos.
Camina cual si ocupara
Muchas comarcas á un tiempo,
Se sentía su presencia
Cual siente calor benéfico
La tierra, del sol fecundo
Con sus lejanos reflejos.

Ya proclama sus hazañas
 El monte del *Veladero*;
 Ya en *Cajones* deja altivo,
 Al pasar, rastro sangriento;
 Ya entre las ondas tremendas
 Del Papagayo, le vemos
 Solo atravesar á nado,
 Gruesa legion combatiendo.
 Los serviles se congregan
 Y van en su seguimiento,
 Como tras segura presa
 Se amontonan los sabuesos.
 Avilés, Armijo, miles
 Le van persiguiendo fieros,
 Y con ellos la fortuna
 Que mostró su ceño adverso,
 Desde que dejó Acapulco
 El indomable Morelos.
 Él arrolla á sus contrarios
 Con el furor del incendio;
 Él alza la fe postrada
 Con su poderoso aliento,
 Y él, dominando peligros,
 Al destino y sus agüeros
 Rinde, y les pone la planta,
 Denodado, sobre el cuello.
 Está al frente de Coyuca
 Contra Avilés combatiendo

En un desigual rastrojo
 Erizado de tropiezos.
 Desafía su bravura,
 Suple al número el esfuerzo
 Ávila, que está á su lado,
 Escúdale con su pecho;
 Mas le hieren el caballo,
 Que es fogoso y de ardimiento.
 Se encarniza la batalla;
 Galeana, retrocediendo,
 "Aquí está Galeana," grita,
 Rompe el formidable cerco
 Que ya formaba la tropa,
 Eclípsase unos momentos,
 Y aparece ensangrentado
 Entre montones de muertos;
 Corre entonce á la vanguardia
 Airado, impetuoso, ciego,
 Que allí está lo más reñido
 De aquel tremebundo encuentro.
 Su corcel salta arrojado
 La aguda espuela sintiendo,
 Y no percibida rama
 De un huisache corpulento,
 Choca en la erguida cabeza
 Y lo tiende por el suelo!
 Como tigres le cercaron
 Los enemigos, sedientos

De su sangre, la victoria
 Fácil del atleta viendo.
 Quiere rehacerse; la espada
 Se escapa de entre sus dedos:
 Entonce un dragon, llamado
 Joaquin Leon, sin esfuerzo
 Su carabina dispara
 Y le despedaza el pecho.
 Luchando en las convulsiones
 De sus últimos momentos,
 Le cortaron la cabeza
 Y en alto la condujeron.
 Las harpías soldaderas,
 Asco y mengua de su sexo,
 Llegan vomitando injurias
 Y derramando denuestos
 Ante el Jefe, que les grita
 Con desaforado acento:
 “¡Alto, canalla maldita!
 “¡Alto, y silencio, y respeto!
 “Dejad la burla y la farsa:
 “Llevad la cabeza al templo,
 “Que es cabeza de un valiente
 “Que era bueno entre los buenos.”

ROMANCE DE CALLEJA.

En el balcon de Palacio
 Asomado está Venegas,
 Con inquietud esperando
 La visita de Calleja;
 Y cuando está cerciorado
 De que la plaza atraviesa,
 Componiendo su semblante
 Y fingiendo aire de fiesta,
 Con expresivos abrazos
 Le recibe en la escalera.
 “Sois Virey de Nueva España
 —Le dice:—sea en hora buena.”
 Reconocen los despachos,
 La ceremonia se apresta,
 Y al fin el cuatro de Marzo
 Se verifica la entrega.

Es la mañana; en el templo
 Sonaban las nueve y media:
 Tendidas están las tropas
 En la espaciosa carrera
 De Tacuba, de Vergara,
 Empedradillo y su vuelta.
 Va el Ayuntamiento en coche,
 En el Palacio se apea,
 Y se oyen, como es costumbre,
 Las oficiales arengas.
 En casa de Pérez Gálvez
 A albergarse fué Venegas,
 Y síguese el besamanos
 Hasta que la noche llega.
 La Capital, entretanto,
 Ni muestra gozo ni pena,
 Observando cuanto pasa
 Con marcada indiferencia,
 Que es el elocuente modo
 Con que el esclavo se venga.

PRIMER ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

TEXMALACA.

¡Oh río de Texmalaca!
 ¿Cómo seguiste corriendo
 Y no vestiste tus aguas
 De confusion y de duelo?
 ¿Cómo no lanzas gemidos
 En lugar de alegres ecos,
 Desde que fuiste testigo
 De la prision de Morelos?
 ¿No de Concha y de los suyos
 Burló tenaz el esfuerzo,
 Gran soldado de la patria
 Y custodia del Congreso?
 Qué ¿no es el mismo que há poco
 Domaba al destino adverso,
 Oponiendo su constancia,
 Y su virtud y su esfuerzo,

A la suerte y la miseria,
 Al dolor y al aislamiento?
 Ya le veis: tras de la rota
 Carranco le toma preso,
 Falso amigo, infiel patriota,
 Y malo entre los perversos.
 Quiere hablarle, mas él dice:
 "*Pienso que nos conocemos,*"
 Y prosigue silencioso,
 Digno, grave y circunspecto.
 Concha se llena de gozo
 En cuanto sabe el suceso,
 Porque más de mil victorias
 Importaba el prisionero.
 Los soldados, su equipaje
 Se repartieron contentos,
 Méenos algo muy notable
 Que se reservó al Gobierno.
 El Padre Morales sigue,
 Tambien preso, al gran Morelos,
 En medio á los regocijos,
 Y en medio de los denuestos
 De la brutal soldadesca,
 Que puede mirar sin miedo
 Al mismo que fué su espanto
 En no muy lejanos tiempos;
 Como esas turbas cobardes
 Que á los toros van siguiendo,

Dispersándose asustadas
 Con cualquiera movimiento;
 Mas luego que los derriban
 Otros audaces toreros,
 Acuden, y los maltratan,
 Y hacen con ellos excesos,
 Seguros que están atados
 Y de que están libres ellos.
 Así á Tenango llegaron,
 Do Villasana, muy hueco
 Le recibe, y el caudillo
 Le ve con alto desprecio.
 "Dígame usted, señor Cura,
 —Le preguntó pedantesco,—
 "¿Qué fuera de mí y de Concha
 "Si ocupáramos su puesto?"
 Y Morelos le responde
 Sin alterar el acento:
 "Les doy dos horas de plázo
 "Y los fusilo." Con esto
 Cortó el diálogo importuno,
 Y se encerró en su silencio.

SEGUNDO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

NOTICIA EN MEXICO DE SU PRISION.

Es el nueve de Noviembre
De mil ochocientos quince,
Y éranse las dos y media
De una tarde helada y triste
En que el sol amarillento
Entre nubes se distingue,
Cuando en el regio Palacio
Repentino se percibe
Un rumor que crece y cunde,
Alarmante, incomprensible,
Que á unos inunda de gozo,
Que á otros conturba y aflige;
Pero que todos le llaman
Aborto del imposible.
"Está preso el gran Morelos,"
El rumor por fin les dice,